AL AÑO DE ESTAR CASADO.

AL AÑO DE ESTAR CASADO,

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. JOSÉ MARIA NOGUÉS.

Estrenada en el teatro del Circo de Madrid, la noche del 20 de Febrero de 1864, á beneficio de D. Manuel Ossorio.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1864.

PERSONAJES.	ACTORES.
TEODORA...........	DOÑA JOSEFA HIJOSA.
TEODORO...........	D. MANUEL OSSORIO.
DON FERNANDO.....	D. JUAN BENETTI.
VICENTE............	D. J. DIEZ.

La escena pasa á algunas leguas de Madrid, en un punto inmediato á una estacion del ferrocarril del Mediodia.

AL INSPIRADO AUTOR

DE

EL TANTO POR CIENTO,

SEÑOR DON ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

Permita V., amigo mio, que á su vez coloque una humilde hoja en la corona que tan legítimamente ha sabido V. conquistarse con sus producciones escénicas,

SU ADMIRADOR,

José María Nogués.

ACTO ÚNICO.

Sala elegantemente amueblada. Tres puertas: una al foro, y dos laterales en segundo término. En primero á la derecha, actor, un piano con algunos libros y papeles de música, y sobre estos, unos gemelos de teatro. Consolas, espejos, butacas, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA.

TEODORA y TEODORO, sentados junto á un velador cerca del piano. La primera á la derecha, bordando, y el segundo á la izquierda. Sobre el velador habrá algunos periódicos.

TEODORO. ¡Pues señor, estamos bien
con tu mania fatal!
(Dando señales de impaciencia.)
TEODORA. ¡Yo opino que estamos mal!
(Con aparente calma.)
TEODORO. ¡Y yo lo opino tambien!
Estas escenas me cargan!
TEODORA. Lo que logras con gritar
tan solamente, es probar,
que las verdades te amargan.
TEODORO. ¡Lograrás, al fin, que estalle,
porque es este tu deseo!
TEODORA. No lo creas.
TEODORO. Si lo creo.

TEODORA. Quiero que calles.
TEODORO. ¿Que calle?
TEODORA. Son fundados mis agravios.
TEODORO. Dices, que... ¡no lo comprendo!
TEODORA. ¡Chis!
TEODORO. ¿Y cómo me defiendo,
si me echo un punto en los labios?
¿En qué fundas tu razon
para sostener, Teodora,
que tu esposo no te adora
con todo su corazon?...
TEODORA. En tu conducta de ayer,
y en tu conducta de hoy.
TEODORO. ¡Pues te juro, por quien soy,
que soy el mismo, mujer!
TEODORA. Su amor ayer, caballero,
se sostenia á buen grado;
mas hoy tanto ya ha bajado,
que se encuentra bajo cero.
TEODORO. ¡No es cierto!
TEODORA. Si.
TEODORO. Por mi fé,
te juro que no es asi.
TEODORA. Cuando te digo que si,
mis razones yo tendré.
¡Ayer mi conversacion
tenia, raro prodigio!...
ese mágico prestigio,
que subyuga el corazon.
Tributando en dulce calma
á mi amor un culto santo,
mis frases llenas de encanto
llegaban hasta tu alma,
como las perlas divinas,
que á los primeros albores,
llegan á besar las flores
con las auras matutinas.
En silencio arrobador
te miraba; me mirabas,
y en mis ojos encontrabas
todo un poema de amor.
Llena el alma de ilusiones,

y soñando en su ventura;
presa de amante locura,
en diversas ocasiones,
me comparaste, y no es broma,
con el reino vegetal,
y con el reino animal...
fuí clavellina... ¡y paloma!...
Hoy, si te hablo de amor,
sucumbes á la influencia
de una dulce somnolencia,
y roncas que es un primor.
Por eso intranquila estoy,
y con razon á mi ver;
porque lo mismo que ayer,
quisiera que fuese hoy.

TEODORO. Teodora, que yo te adoro,
no intento probarte ahora,
porque te adoro, Teodora,
como me llamo Teodoro.
Yo no te dejo de amar,
ni soy al amor traidor,
porque al hablarme de amor,
á veces, suela roncar.
¿Á qué esquivar con empeño
un sueño, que es apacible,
si no juzgo incompatible
el cariño con el sueño?...
Cuento un año de casado,
y en mi criterio de autor,
como prólogo de amor,
es un poco prolongado.
(*En tono ligeramente zumbon.*)
Solos en nuestros amores,
las auras que en torno giran,
enamoradas suspiran
por el amor de las flores.
Siempre encontrando un pretexto,
cantas tú amor, y amor canto;
y con amor me levanto;
y con amor yo me acuesto.
Todo lo que en derredor
nos cerca, amores nos grita,

y hasta el aire que se halita
está impregnado de amor.
¿Qué quieres que yo le haga?...
hoy, despues de tanto almibar,
casi prefiero el acibar,
que el mucho dulce empalaga.

TEODORA. No á mí, que con fé celosa
todo á nuestro amor lo inmolo.

TEODORO. Eso probará tan solo,
que eres tú la mas golosa.

TEODORA. Y tambien la mas constante.

TEODORO. ¡Extraño que asi te atrevas!...

TEODORA. ¿Me quieres?

TEODORO. Si.

TEODORA. Dame pruebas.

TEODORO. ¿Cómo pruebas?

TEODORA. Y al instante.

TEODORO. Pero, Teodora...

TEODORA. ¿Lo ves?

TEODORO. ¿Qué veo?

TEODORA. Tu inconsecuencia.

TEODORO. Pero, por Dios, ten prudencia.

TEODORA. ¿Que tenga prudencia?

TEODORO. Pues.

TEODORA. Yo creí que la tenia;
mas mi boca no abriré,
y juro que no diré,
Teodoro, esta boca es mia.
No rindo culto al desden,
ni cedo á vano capricho;
mas, por mi parte, ya he dicho
lo suficiente, y amen.
(Se vuelve de espaldas y se pone á bordar.)

TEODORO. (Pues me voy á dar al diablo,
si persiste en su mania.)
(Ligera pausa.)
Si tú callas, hija mia,
entonces yo con quién hablo?...
(Teodora se encoge de hombros.)
(En tono ligeramente amenazador.)
Que no alteres, yo te ruego,
el reposo que aqui reina,

ni á un hombre que barbas peina
hagas jugar á este juego.

TEODORA. Si enojado te he de ver,
(Soltando la labor.)
entonces no he dicho nada:
Teodara sigue callada;
quien te habla es tu mujer.

TEODORO. Vamos, ven y no seas niña.
(Cogiéndola de la mano y levantándose.)

TEODORA. ¿Pero me quieres?

TEODORO. ¡Te adoro!

TEODORA. Todo lo sufro, Teodoro,
todo menos una riña
de tu parte, y un engaño.

TEODORO. Y eso te tiene impaciente?
(Signo afirmativo por parte de Teodora.)
No temas: tan solamente
llevo de casado un año.

TEODORA. Es verdad. (Con candor.)
Con que, ¿en qué quieres
que la mañana invirtamos?

TEODORO. ¡Qué sé yo! (Pausa.)

TEODORA. Solos estamos... (Pausa.)

TEODORO. Con efecto. (Ligera pausa.)

TEODORA. Las mujeres
siempre tenemos recursos...
te leeré.

TEODORO. Muy bien pensado.

TEODORA. Pues siéntate aquí.
(Se sientan como al principio de la escena. Teodora toma un libro de encima del piano.)
(Leyendo.) «Tratado
sobre la...» esto no.
(Dejando el libro y tomando otro.)
(Leyendo.) «Discursos
sobre la...» Qué tonterias!
(Arrojando el libro y tomando otro, mientras lo cual dice.)
¡Y estan escritos en prosa!...
Nada, otra cosa, otra cosa...
¡Esto me gusta! «Poesias.» (Leyendo.)

TEODORO. ¿Por fin?...

TEODORA. Escucha. (Abre el libro y lee.)
«El amor.»
(Teodoro hace un movimiento de disgusto.)
Esto no.
(Vivamente y abriendo el libro por otra parte.)
(Leyendo.) «¡Al amor!»
(Movimiento de Teodoro mas marcado.)
¡Tampoco!
(Mas vivamente vuelve á abrir el libro por o tra parte.)
«Del amor.»
(Teodoro se levanta y Teodora levantándose tambien arroja el libro sobre el velador.)
¡Nada, está loco!

TEODORO. (Volviéndose vivamente.)
¿Quién está loco?

TEODORA. Ese autor.

TEODORO. Pues, Teodora, aplica el cuento:
dice un adagio vulgar,
que es oportuno citar...

TEODORA. Ya sé...
(Impaciente sin saber á qué recurso apelar para entretener á su marido.)

TEODORO. Que un loco hace ciento.
(Ligera pausa.)

TEODORA. (Concibiendo de pronto una idea.)
Ven, y siéntate al piano;
de libros nos dejaremos,
y, si quieres, cantaremos
alguna cosa.

TEODORO. Me allano.
(Teodora se sienta al piano.)
¿Y qué pieza se decide?

TEODORA. Una sencilla.

TEODORO. Consiento.

TEODORA. Duo... (Fijándose en un papel de música.)

TEODORO. ¿De qué?...

TEODORA. Del *Juramento*
de Olona y de Gaztambide.
(Teodora dá los primeros acordes, y Teodoro la detiene.)

TEODORO. Para que salga mejor,
me apuntas primero á mí,

y luego te apunto á tí.

(Teodora hace una señal de asentimiento, y empieza el acompañamiento del duo. Á su tiempo apunta.)

TEODORA. *«Si es verdad que hay en amor...»*

TEODORO. (Cantando.) «Si es verdad que...»
(Parándose de pronto.) ¡Otra te pego!..
Pues es una friolera! (Separándose del piano.)

TEODORA. ¡Ay! ¡si no me contuviera
estallaba desde luego!!
(Tirando al suelo parte de los papeles de música que hay sobre el piano, y con ellos los gemelos.)
¡Todo conspira en mi mal!

TEODORO. ¿Con que si no te contienes?
¡vaya unos modos que tienes!
(Cogiendo los gemelos del suelo.)
¿Lo ves? ¡Ya has roto un cristal!
¡Cerrando un ojo, por Dios,
(Mirando con los gemelos.)
que voy á estar en un potro!

TEODORA. (Quitándole vivamente los gemelos.)
Pues dame: te rompo el otro,
y así cerrarás los dos.

TEODORO. ¿Vuelves de nuevo á empezar?..
¡Te guardarás de romper!...
(Teodora, que iba á tirar los gemelos, se contiene al oir á Teodoro.)

TEODORA. Un marido, á su mujer
tan solo debe mirar.

TEODORO. (Incómodo al ver la insistencia de Teodora.)
Conforme: cómprame un perro
de esos que sirven de guia:
me das un palo, hija mia,
y al punto los ojos cierro.

TEODORA. No es esa mi pretension:
siendo de tu amor avara,
abre bien los de la cara;
cierra los del corazon.

TEODORO. Todo, sin duda, Teodora,
la prudencia lo concilia:
es recuerdo de familia...
(Mostrando los gemelos, que deja sobre el piano.)

(de una jóven que me adora.)

TEODORA. Siendo asi, estás disculpado:
perdóname, si indiscreta...

VICENTE. (Apareciendo en la puerta del foro, con una tarjeta en la mano.)
Señorito, esta tarjeta.

TEODORO. (Tomándola.)
«Fernando Luque, abogado.»
Que pase sin dilacion.
(Váse Vicente.)
(¡Ay, qué oportuno ha venido!
Este suspiro ha partido
del fondo del corazon.)

TEODORA. (Que habrá estado como recordando.)
¿Luque? ¿El novio de mi prima?

TEODORO. ¿Lo conoces?

TEODORA. Por el nombre.

TEODORO. ¡Es un talento! Un gran hombre,
y un amigo que me estima.

ESCENA II.

LOS MISMOS y D. FERNANDO, en traje de viaje, y con un saquito de noche en la mano.

FERN. ¿Me permiten?

TEODORO. Adelante.

FERN. ¡Teodoro!

TEODORO. ¡Querido amigo! (Se abrazan.)

FERN. Señorita... (Saludando á Teodora.)

TEODORO. Es mi señora.

FERN. Señora... (¡Bello palmito!)

TEODORO. Deja el saco y toma asiento;
porque yo supongo, chico,
que no será tu visita
de médico.
(Fernando deja el saco sobre una silla del foro.)

TEODORA. (Por lo visto,
le vá á rogar que se quede.)

FERN. Hasta el tren de hoy á las cinco
no regresaré á Madrid.

TEODORA. (¡Y son las once... Dios mio!

¡En seis horas ya no puedo
sola estar con mi marido!)

FERN. Recibe mi parabien:
has estado acertadísimo (Sentándose.)
al elegir compañera.

TEODORA. Gracias.

FERN. No en balde el título
gozas de hombre de buen gusto.
Lejos del loco bullicio
de la córte, has hecho bien
en elegir un retiro
tan ameno, en donde puedas
rendir culto al dios Cupido,
sin que ninguno interrumpa
la práctica de tus ritos.
Parece que está formado
por el amor este nido.
Todo aqui respira amor!

TEODORA. (Vivamente.)
Caballero... le suplico... (Corrigiéndose.)
es decir... le doy las gracias,
porque dice... mejor dicho,
estamos los tres de acuerdo,
en que es bonito este sitio.

TEODORO. No obstante, la soledad...
ver y oir siempre lo mismo,
al fin y al cabo, termina
por engendrar el fastidio.
Estar siempre aqui, es estar
en un presidio bonito,
que aunque bonito, por eso
no deja de ser presidio.

FERN. Con tan bella guarnicion
comprendo un crímen.

TEODORO. Lo mismo
(Procurando corregirse.)
me pasa á mí.

TEODORA. (Con mezcla de ironia.) Muchas gracias.

TEODORO. Por eso soy ya marido...
(Movimiento de disgusto de Teodora.)
y si no fuera por ella...

TEODORA. Muchas gracias!

(La impaciencia de Teodora crece á medida que lo marca el diálogo, hasta el momento en que se levanta.)

TEODORO. Su atractivo,
que es sin igual...

TEODORA. ¡Muchas gracias!

TEODORO. Es título... en fin, es título,
que me... ¿y la córte, qué tal?

FERN. Lo mismo, chico, lo mismo:
sigue siendo un gran teatro,
en donde *lo positivo*
es la comedia de moda.

TEODORO. Dime, ¿y Rodrigo Galindo?

FERN. Se casó.

TEODORO. ¡Qué bruto!

FERN. ¿Cómo?

TEODORO. Siempre lo fué don Rodrigo.
¿Y Atanasio?

FERN. Se casó.

TEODORO. Pero ¿qué viento ha corrido?

FERN. El mismo que para tí.

TEODORA. (¡Si á callar no me resigno,
vá á haber aqui un dos de Mayo!)

TEODORO. Que yo al fin haya perdido
mi libertad, se comprende,
y á la prueba me remito.
(Designando á Teodora.)

TEODORA. ¡Mil gracias!

TEODORO. Pero ellos dos,
partidarios decididos
del celibato!...

FERN. Esos suelen
caer mas pronto.

TEODORO. ¿Y Toribio...
aquel escritor?...

FERN. Casado.

TEODORO. ¡Qué pedazo de borrico!
¡Esto ha sido una epidemia!

FERN. Y á su influjo, por lo visto,
yo cedo tambien.

TEODORO. (Alarmado.) Fernando,
tú del gremio?

FERN. Aun no.
TEODORO. ¡Respiro!
Te aprecio, y no te aconsejo...
TEODORA. Si ustedes me dan permiso...
(Se levanta sin poderse contener.)
TEODORO. ¿Por qué te vas?
TEODORA. Por si acaso
quiere descansar tu amigo,
que habitacion le preparen.
TEODORO. Es verdad, no habia caido...
FERN. No es necesario.
TEODORO. No importa.
TEODO. Beso á usted la mano.
(Fernando le hace un saludo, y Teodora se vá por la puerta de la derecha.)

ESCENA III.

TEODORO y FERNANDO.

FERN. Chico,
has estado inoportuno:
harta prudencia ha tenido
aguantando á quemaropa
unos disparos tan vivos.
TEODORO. Ella en el combate, solo
fué un espectador pasivo:
respetando nuestro estado,
critiqué el de mis amigos.
Ademas, no es maliciosa,
y tiene fé en su marido:
por lo tanto, esto no debe
preocuparnos lo mas mínimo.
Hablemos de otros asuntos.
FERN. Tu carta la he recibido,
y accediendo á tus deseos
me he puesto al punto en camino.
TEODORO. Baja la voz: esa carta,
para el plan que yo medito,
aqui es un misterio.
(Todo este diálogo con misterio.)
FERN. ¿Y bien?

TEODORO. *Una puerta es un oido*
que está abierto, sobre todo,
cuando está cerrada, chico.
(Mira la puerta del foro, y viendo que está abierta, se dirige á abrir la de la izquierda, y luego la de la derecha, mientras dice los anteriores últimos versos.)
FERN. ¿Es un secreto de estado?
TEODORO. Justo.
FERN. ¿Conspiras?
TEODORO. Conspiro.
FERN. ¡Caracoles!
TEODORO. No te alarmes.
FERN. Explícate.
TEODORO. Necesito
de tu ayuda.
FERN. ¿Con qué objeto?
TEODORO. Para dejar estos sitios.
FERN. Pero...
TEODORO. Mi secreto es este.
FERN. No comprendo.
TEODORO. Es muy sencillo.
¡Ay, Fernando! El matrimonio
es un lazo escurridizo,
que sin saber nos echamos
al cuello nosotros mismos.
Con respecto á libertad,
casarse es ir á presidio:
no existe cabo de vara
mas severo ni mas rígido,
que una mujer, cuando es propia,
y se aficiona al marido.
Su vasta jurisdiccion,
sin límites conocidos,
todo lo invade! Fernando,
te lo asegura un amigo:
es preferible á casarse
las siete plagas de Egipto.
FERN. Hombre, por Dios, no me quites
la vocacion.
TEODORO. No hay peligro:
ninguno en cabeza ajena

escarmienta, esto es sabido.
FERN. ¿Pero tu esposa?...
TEODORO. ¡Es un ángel!
FERN. ¿Su carácter?...
TEODORO. ¡Es bellísimo!
FERN. ¿Instruida?...
TEODORO. Toca y canta:
¡en dibujo es un prodigio!
de historia sabe bastante;
de culinaria un poquito,
y en fin, saluda en francés.
FERN. Pues, Teodoro, no me explico
la razon...
TEODORO. En dos palabras:
me encuentro, con pesar mio,
de la mujer, satisfecho;
del matrimonio, aburrido.
FERN. Si estás satisfecho de ella,
¿qué mas quieres?
TEODORO. Por lo mismo
que satisfecho me encuentro,
quisiera...
FERN. ¡Ya! ¡Comprendido!
TEODORO. Sácame de aqui, por Dios,
que aqui, Fernando, me asfixio:
los miasmas conyugales
que pueblan este recinto
se condensan de tal modo,
que tacto el aire que aspiro.
¡La libertad es la vida!
Deserto de este presidio,
donde el cabo es mi mujer.
Ya sabes por qué conspiro:
como casado, es de estado
mi secreto: en tí confio:
ya que en mi socorro vienes,
dame libertad ó un tiro!...
FERN. Á conocer tu intencion,
quizás no hubiera venido.
TEODORO. Hay un quizás, que me explica
que puedo contar contigo.
Á partir, como deseo,

yo me hubiera decidido;
pero, de seguro, hay lágrimas,
hay ruegos... y si prescindo
de todo, doy á Teodora
para sospechar motivos.
Inventando tú un pretexto,
el caso es ya muy distinto.

FERN. Pero hablemos con franqueza:
¿tu partida es un capricho,
ó los recuerdos te arrastran
de pasados extravios?

TEODORO. Hay de todo.

FERN. Te aconsejo
que lo reflexiones, chico.

TEODORO. Lo tengo reflexionado.
Há un año, que no respiro
la atmósfera de la córte:
todo allí tiene atractivo:
allí los años son dias,
aquí las horas son siglos;
allí se vive despierto,
aquí se vive dormido;
la vida allí tiene vida,
aquí gota y reumatismo;
allí un millon de mujeres
con un millon de atractivos...
aquí una mujer, y propia!... (Muy marcado.)
con lo cual bastante he dicho.

FERN. ¡Y há un año que te has casado!

TEODORO. (Desentendiéndose.)
¡En el tren de hoy á las cinco,
á Madrid!

FERN. ¡Pobre Teodora!

TEODORO. Yo por eso no la olvido...
(Marcando bien el contraste.)
¿Conoces estos gemelos?
(Por los que estan encima del piano, en los cuales apenas se fija Fernando.)

FERN. No recuerdo.

TEODORO. Son los mismos
que me regaló Adelina,
la que bailaba en el Circo,

y que ahora está en Novedades.
FERN. ¿Adelina?...
TEODORO. Cuando miro
con ellos, se me figura,
que en el cristal la distingo:
ahora vivo de recuerdos:
¡es la bolera del siglo!...
¡qué soltura!... ¡qué cruzados!...
No hay remedio: hoy en camino
me pongo: corro á encargar
los billetes.
FERN. Pero, chico...
TEODORO. No es un pero, es un pretexto
lo que ahora necesito.
Tú aquí; yo allá: gran prudencia,
y en la estacion á las cinco.
(Váse por el fondo.)

ESCENA IV.

D. FERNANDO.

¡No hay mas; ha perdido el seso!
¡Sin la huéspeda ha contado,
y lo cree todo arreglado
con decir: «ahí queda eso!»
Completa seguridad
entrambos nos inspiramos,
y mútuas pruebas nos damos
de verdadera amistad.
Mas, aunque servirle quiero,
me hace vacilar su estado,
que no se sirve á un casado,
como se sirve á un soltero.

ESCENA V.

EL MISMO y TEODORA, por la puerta de la derecha, con un libro grande debajo del brazo.

TEODORA. Don Fernando.
(Con gravedad cómica durante toda esta escena.)

FERN. (Su mujer.)
TEODORA. ¿Us té es abogado?
FERN. Si.
TEODORA. Vengo á consultarle.
(Deja el libro sobre el velador.)
FERN. ¡Á mí?...
Conforme. (¿Qué podrá ser!)
TEODORA. Présteme usted juramento
de callar cuanto le cuente.
FERN. Juro callarlo.
(Despues de mirarla un momento sorprendido.)
TEODORA. Corriente:
podemos tomar asiento.
(Se sientan: Teodora á la izquierda del velador, teniendo el libro debajo de la mano derecha; y Don Fernando á la izquierda. Despues de una ligera pausa.)
Yo me quiero separar
de mi marido.
FERN. (Poniéndose de pié.) ¡Señora!
TEODORA. Estoy resuelta: y ahora
puede volverse á sentar.
FERN. Pero ..
TEODORA. ¡Que resuelta estoy!
oculta allí un breve instante,
(Señala la puerta de la derecha.)
¡he escuchado lo bastante,
y el paso que doy, lo doy! (Con firmeza.)
FERN. (Procurando calmarla.)
De su arrebato al calor
ha perdido usté el reposo,
y á las frases de su esposo
dá demasiado valor.
TEODORA. Á respetarme hoy le enseño:
y aunque redunde en mi daño,
si con mi empeño me empaño,
no desisto de mi empeño.
Si á su forma se conforma,
y con su firma confirma,
lo que con su forma afirma,
yo firmo en la propia forma.
FERN. ¿Habla usted formal?

TEODORA. Formal.
¿Verificado un consorcio,
cuándo se entabla el divorcio?
FERN. Cuando hay motivo legal.
TEODORA. Este estará consignado
en la ley.
FERN. Son varios... pero...
TEODORA. Al punto saberlos quiero...
(D. Fernando hace un movimiento de sorpresa.)
ó consulto á otro abogado.
Y si no siendo imparcial,
hace lo claro confuso,
al momento lo recuso,
y doy cuenta al tribunal.
Yo en esto tengo experiencia,
y estoy de todo al corriente,
que mi padre presidente
fué de sala en una audiencia.
FERN. ¡Ah! (Sonriendo ap. y maliciosamente.)
TEODORA. Traigo aquí la Novísima
Recopilacion. (Por el libro que ha sacado.)
FERN. Señora...
TEODORA. Yo no he encontrado hasta ahora...
FERN. Mi memoria es felicísima,
y no es preciso...
TEODORA. Conforme:
puede empezar desde luego,
y que use usted, yo le ruego,
claridad en el informe.
FERN. (¡Pues en buena me han metido!)
Con que usted quiere saber,
cuándo puede una mujer
separarse del marido.
(Teodora hace una señal afirmativa.)
Si este á aquella induce al mal,
siempre en su tema constante,
puede pedirse al instante
la separacion legal.
Si en loca disolucion (Recordando otro caso
su buena salud altera,
tambien la ley considera
legal la separacion,

(Con cierto embarazo.)
Por mí la ley habla ahora,
y á su texto me remito:
si usté en flagrante delito...
ó en otra forma, señora,
si es infiel, lo que no creo,
su esposo...

TEODORA. (Interrumpiéndolo.) Se dió en el quid:
Teodoro tiene en Madrid,
segun dijo, un trapicheo.

FERN. No es bastante.

TEODORA. (Muy sorprendida.) ¿No es bastante?
¿Pues cuántos debe tener?

FERN. Uno.

TEODORA. Lo tiene.

FERN. Ha de haber...

TEODORA. ¿Qué?

FERN. Circunstancia agravante.

TEODORA. Pues yo me encuentro agravada.

FERN. No basta: yo se lo digo.

TEODORA. ¡Cómo se conoce, amigo,
que la ley no está casada!
Hecha está, y es mi disgusto,
del hombre solo en provecho,
y como el hombre la ha hecho,
se ha despachado á su gusto.
Nuestros sabios pareceres
no los consulta el progreso...
¡ay! ¡si un banco en el Congreso
ocuparan las mujeres!
¡Ay! ¡si yo ministra fuera!

FERN. ¿Cree usted que tendria maña?

TEODORA. ¡Puede que entonces la España
mejor regida estuviera!

FERN. No habria malos bromazos
con un ministro-señora:
ni el rosario de la aurora,
que se acabó á farolazos.

TEODORA. Pero hagamos aquí punto,
que es prudente, á lo que entiendo,
y sigamos discutiendo
acerca de nuestro asunto.

Si mi objeto á conseguir,
de mas pruebas necesito,
en *infraganti* delito,
(Con candorosa intencion.)
qué quiere entonces decir?

FERN. No juzgo qne es importante
la aclaracion de este caso.

TEODORA. Siempre es bueno, por si acaso.

FERN. (Desentendiéndose.)
Prosigamos adelante.
Interviene la justicia,
y con razon, á mi ver,
si es tratada la mujer
con crueldad ó sevicia.

TEODORA. ¿Sevicia?

FERN. Mal tratamiento:
con que alguno esté presente,
es la causa suficiente
para el divorcio.

TEODORA. Consiento.

FERN. ¿En qué?

TEODORA. Yo me entiendo: en nada.
No olvide usted, que ha jurado
callar cuanto aquí se ha hablado.

FERN. Puede usté estar descuidada.

TEODORA. (En casos extraordinarios
no me muestro irresoluta.)
Extienda usted la minuta
para el cobro de honorarios.

FERN. Gratis la consulta fué.

TEODORA. Cuando un favor yo recibo
nunca lo doy al olvido.
Muchas gracias.

FERN. No hay de qué.

(Teodora coge el libro que sacó, se lo coloca debajo del brazo, y se vá por la puerta de la derecha.)

ESCENA VI.

D. FERNANDO.

¡Me faltaba esto que ver!

¡En qué embrollo me he metido!
por la derecha el marido;
por la izquierda la mujer.
¡Es un infierno esta casa!
¿Quién tranquilo en ella está?
Yo ando de acá para allá,
sin saber lo que me pasa.

ESCENA VII.

EL MISMO y TEODORO.

TEODORO. Está cerrado el despacho;
pero encargué los billetes.
FERN. Teodoro, yo te aconsejo
que te quedes.
TEODORO. ¿Que me quede?
FERN. Hay razones...
TEODORO. ¿Qué razones?
FERN. Razones, que tú no puedes
comprender.
TEODORO. ¿Por qué razon?
FERN. Porque tú razon no tienes
para marcharte de aquí;
y aunque á tu razon apele,
como la razon te falta,
á la razon no te avienes.
TEODORO. Cuando medito algun plan,
y algo en mi plan me detiene,
mas con mi plan me encariño;
mejor mi plan me parece.
Mi plan es marchar de aqui:
es mi plan, que tú pretestes,
motivos que el plan secunden;
si este plan no te conviene,
déjame á mí con mi plan,
y á la córte sin plan, vete.
FERN. (¡Si yo pudiera decirle!...
Nada, ¡que la bola ruede!)
TEODORO. Yo le he faltado á Adelina,
y no es prudente que deje
sin reparar el agravio.

Me casé, y esto la debe
de haber sentado muy mal:
asi...

FERN. Deja que recuerde...
Adelina... si... es bolera.

TEODORO. ¡Hombre! ¡qué memoria tienes!...
á la que el oso le hacia
cierto inglés de gafas verdes...

FERN. ¿Pues esa no se llamaba
Tomasa?

TEODORO. Precisamente.
Tomasa, nombre de pila;
Adelina, de carteles.
Muchas suelen confirmarse
cuando al teatro descienden.
(Con intencion, que envuelva censura al personaje de quien se viene hablando.)

FERN. ¡Vamos, ya!

TEODORO. Se me figura,
que un sacrificio merece...
¡es guapa!...

FERN. ¡Mucho!
(Registrándose un bolsillo de la levita.)

TEODORO. ¿Verdad?
¡Si vieras cuánto me quiere!

FERN. ¡Mucho! (Sacando una carta.)
Pues acerca de ella
y del inglés, toma y lee.
Mientras tanto vé, y encarga
que no olviden los billetes.
(Le dá la carta.)

TEODORO. ¿Al fin consientes?

FERN. Consiento,
si despues que tú te enteres
de esa carta, no desistes
de tus planes. ¡Alguien viene!
(Váse Teodoro por el foro precipitadamente, y abriendo la carta.)

ESCENA VIII.

D. FERNANDO.

Y á una mujer que le adora,
por una que no le quiere,
dejaba! ¡Vamos! El hombre
es un enigma viviente,
tan confuso, que ni él mismo
llega nunca á comprenderse!
¡Quién sabe si aun con la carta
á Madrid querrá volverse!

ESCENA IX.

EL MISMO y TEODORA.

TEODORA. Un favor.
FERN. ¿Otra consulta?
TEODORA. ¿Teodoro?...
FERN. Al momento vuelve,
y es posible...
TEODORA. Don Fernando,
sírvase usted esconderse.
(Señalando la puerta de la izquierda.)
FERN. ¿Con qué objeto?
TEODORA. Yo me entiendo.
FERN. Yo tambien quiero entenderme.
TEODORA. Se lo ruega una señora.
Cuando oiga usted solamente
el ruido que produzca
este sillon al caerse,
sale usted.
FERN. Pero, señora,
esa calma me parece
que no es natural, y temo...
TEODORA. No tema usted que me altere.
FERN. Entro pues...
TEODORA. Gracias...
FERN. Y allá
veremos lo que sucede.

ESCENA X.

TEODORA.

Hoy deshago mi consorcio,
y aunque yo me quede inválida,
la sevicia es causa válida:
este la ve, y hay divorcio.
Tengo mi plan meditado:
le pongo á mano una silla,
él me rompe una costilla,
y el negocio está acabado.

ESCENA XI.

LA MISMA y TEODORO.

TEODORO. (¡Se marchó con el inglés,
qué elocuente desengaño!)
(Al ver á Teodora, oculta la carta, que habrá sacado en la mano.)
TEODORA. El enemigo está aqui
y al ataque me preparo:
la actitud provocativa;
el entrecejo arrugado.
¡Valor! Me encuentro resuelta
á que haya aqui un zafarrancho.
TEODORO. ¿Eres tú?
TEODORA. (Ahuecando la voz.) ¡Se me figura
que si! (Con firmeza toda la escena.)
TEODORO. ¿Se marchó Fernando?
TEODORA. ¡No sé!
TEODORO. ¿Adónde?
TEODORA. ¡Que no sé!
TEODORO. Se habrá marchado á su cuarto.
TEODORA. ¡No sé!
TEODORO. (Sobre las narices
al inglés tengo montado.)
TEODORA. ¡No sé! (Cogiendo una silla.)
TEODORO. ¿Sabes si se encuentra,
por ventura, descansando?

TEODORA. ¡No sé! (Le presenta la silla.)
TEODORO. (¡Qué ingrata Adelina!)
(Se sienta á la izquierda en otra silla.)
TEODORA. (Soltando la silla.)
(¡Se sienta! Esto vá despacio.)
TEODORO. (¡Qué mujeres tan volubles!)
TEODORA. (Está como aletargado:
para que en sí vuelva pronto,
le voy á aplicar un cáustico:
aquí lo tengo: estos versos
no pueden ser mas del caso.)
TEODORO. (Y esta inocente, ¡que ignora
todo lo que está pasando!
¡Qué injusto con ella he sido!) (Mirándola.)
TEODORA. «El amor.»
(Leyendo en voz alta con intencion, y observando de reojo todos los movimientos de Teodoro.)
(Contenta.) (¡Ya me ha mirado!
«Del amor.» (Ya no me mira.) (Disgustada.)
Sin duda lo he dicho bajo.)
«¿Qué es el amor?» (Muy alto.)
(¡Se levanta!
¡Allá vá este metrallazo!)
«Con, por, sin, sobre el amor.»
(De esta si que no me escapo.
¡Se acerca!) «El amor.»
(Ella se ha ido levantando á medida que ha ido acercándose su marido: en una mano conserva el libro, y con la otra le presenta una silla.)
TEODORO. (Tomando la silla con mucha calma y sentándose.)
¡Mil gracias!
TEODORA. (¡Pues lucida me he quedado!)
(Arroja el libro sobre el velador: Teodoro lo coge, y se pone á leer.)
TEODORO. «*No fies en los hombres,*
niña, no fies,
que llorarás un tiempo,
lo que ahora ries.»
(Hablado.) (Y de mujeres, quién fia,
¡que no lleve un desengaño!)
(Teodora por detrás de su esposo, sumamente agitada.)

TEODORA. (Yo no paro hasta que estalle:
voy á sentarme al piano.)
(Teodora ejecuta el duo de la primera escena: mientras los primeros acordes, Teodoro lee.)

TEODORO. «Desengaño, tú al hombre
»mudo le muestras,
»el camino trazado
»por la experiencia »

TEODORA. (Cantando.) «Si es verdad que hay en amor.»
(¡No se mueve! ¡*Rinforzando*!)
«Si es verdad que hay en amor...»
(Repite muchas veces este verso desentonada, y fuera de tiempo, acompañándose de la misma manera.)
(Los pulmones he arrojado,
¡y él nada! vamos, ¡ya viene!)
(Teodoro, que durante el anterior juego habrá permanecido leyendo, al dejar de sonar el piano se levanta, y se acerca á Teodora al mismo tiempo que esta le presenta una silla.)

TEODORO. De estar sentado me canso.
(Teodora dá señales de impaciencia.)
Los autores estuvieron
en ese duo acertados.
¡Qué situacion la del libro!
El marido deseando
que la mujer se le acerque
un poco, y le diga algo...
¿No la recuerdas?...

TEODORA. ¡Ni quiero!

TEODORO. ¡Pues si te gustaba tanto!

TEODORA. Pensando en mi situacion,
de las demas me he olvidado.
(Aun me quedan los gemelos:
un *tour de force*; ¡y al asalto!
(Coge los gemelos: con ellos en la mano dice los siguientes versos en entonacion dramática.)
Estos gemelos, emblema
de un amor... de tres al cuarto;
que de tanto ver con ellos
los contornos delicados
de cierta artista pedestre,
los contornos se han grabado

en sus cóncavos cristales,
hoy morirán estrellados!
y puesto que de la danza
es usted tan partidario,
por si usted no lo sabia,
en voz alta lo declaro:
yo tambien bolera soy,
y bailo el zapateado!
(Arroja los gemelos al suelo y los pisotea.)

TEODORO. ¡Teodora!
TEODORA. ¡Mira!
(Entusiasmada y señalando en actitud cómico-trágica los gemelos.)
TEODORO. Ya miro.
TEODORA. ¡Fueron! ¡No son!!
TEODORO. Está claro.
TEODORA. Un amor de baja alcurnia
á mi coturno humillado!
TEODORO. Pero, Teodora, qué es esto?
TEODORA. Que de todo estoy al cabo.
Tras de esa puerta escuché
cuanto le has dicho á Fernando.
TEODORO. (¡Me escuchaba!)
TEODORA. Entre los dos
una muralla se ha alzado:
no intente usted escalarla,
porque todo fuera en vano.
TEODORO. (Riendo á carcajadas.)
¡Y qué formal me lo dice!
TEODORA. ¡Cómo!
TEODORO. No intentes negarlo:
estás séria.
TEODORA. ¡Ya lo creo!
TEODORO. (Riendo.)
¡Al fin mi objeto he logrado!
¡Qué inocente! Ha sido un plan
combinado de antemano
para corregir tus celos:
me lo aconsejó Fernando:
por eso abrí yo las puertas
y entrambos la voz alzamos,
suponiendo, como ha sido,

que vendrias á escucharnos:
de otro modo, ni por pienso
aqui hubieramos tratado...
¿Y te has creido que son
los gemelos un regalo?
Mira el caso que hago de ellos.
(Les pega un puntapié.)

TEODORA. ¿Y tu marcha?

TEODORO. No me marcho.

TEODORA. ¿Y Adelina?

TEODORO. Eso á mi amigo:
él te dirá...

TEODORA. ¡Habrá taimado!
(Mirando á la puerta de la izquierda.)

TEODORO. Lee esta carta dirigida
desde Francia á don Fernando
Luque, en la cual á este dice, (Muy marcado.)
que de España ha desertado,
y que en breve parte á Lóndres
á la exposicion...

TEODORA. (Con maliciosa intencion.) ¡Es claro!

TEODORO. Fernando es un Juan Tenorio.

TEODORA. ¡Con esa cara de santo!
¡Ay, Teodoro, la leccion
ha sido severa!

TEODORO. Vamos,
ya que estarás convencida
de lo mucho que te amo,
¿me perdonas?

TEODORA. ¿Y tú á mí?

TEODORO. Mi perdon vá en este abrazo.
(Al dirigirse á su mujer tira el sillon que Teodora designó á D. Fernando en direccion á la puerta izquierda, el cual habrá permanecido durante el final de esta escena entre Teodoro y Teodora.)

ESCENA ÚLTIMA.

LOS MISMOS y D. FERNANDO, el cual aparece en el momento en que Teodoro abraza á su mujer.

FERN. ¡Y estan á brazo partido
riñendo!... ¡Desventurados,
(Corriendo á separarlos.)
basta ya!
TEODORO. (¡Si habla me pierde!
cómo salir del pantano!)
FERN. Me parece que...
TEODORO. (Interrumpiéndolo.) La prueba
correspondió á nuestros cálculos.
FERN. ¿La prueba? (Sorprendido.)
TEODORA. Y vaya un papel
bonito el que yo he jugado.
FERN. Pero...
TEODORO. (Calla, ni una frase.)
(Vivamente sin que lo oiga Teodora.)
TEODORA. (¡Que calle usted lo que hablamos!)
(Lo mismo por el lado opuesto.)
FERN. (¿Esta tambien?)
TEODORO. Á Dios gracias
la leccion ha aprovechado.
TEODORA. Mil gracias por la leccion. (Á Fernando.)
FERN. ¿Cómo?
TEODORO. Mil gracias. (Por el lado opuesto.)
FERN. (¡Canario!...)
TEODORA. Miente usted con gran frescura.
FERN. ¡Aprieta!
TEODORO. Es su fuerte.
FERN. Vamos,
señores...
TEODORO. Conven en ello:
de todo se encuentra al cabo. (Por Teodora.)
(¡Conven en ello, ó me pierdes!)
FERN. (Comienzo á ver algo claro.)
Con efecto...
TEODORA. ¿Quiere usted
á su novia?...

FERN. ¡La idolatro!
¿Pero á qué...
TEODORA. Es mi prima...
FERN. ¿Cómo,
prima de usté?...
TEODORA. Y por lo tanto
me intereso por su suerte.
FERN. Repito, que la idolatro.
TEODORA. ¿Y Adelina?...
TEODORO. (Vivamente.) Esos amores
por completo terminaron.
FERN. (¡Ahora lo comprendo todo!)
Yo no permito...
TEODORO. (Interrumpiéndolo.) Es en vano.
(Á Teodora.) Te juro á fuer de quien soy,
que no la quiere.
FERN. Está claro.
TEODORA. Siendo asi...
TEODORO. Ya lo conozco,
y este asunto está acabado.
TEODORA. Entonces, cuando le escriba,
le diré, que don Fernando
Luque, mi amigo, es
un excelente muchacho.
FERN. Gracias.
TEODORA. ¿Vamos al jardin,
si ustedes gustan?
TEODORO. Si, vamos.
(Se dirigen á la puerta del foro, y sale Teodora la primera, vá á seguirla Teodoro y Fernando lo detiene.)
FERN. Hoy por tí, por mí mañana,
asi lo dice el adagio.
TEODORO. ¿Empiezas á prevenirte?...
FERN. No... lo digo por si acaso...
(Fernando lo coge de la mano, observa que su esposa se ha ido, y bajando con él un poco le dice.)
TEODORO. ¿Te casas?
FERN. Si.
TEODORO. ¿No hay engaño?
FERN. Al año.
TEODORO. Y firme al pie del altar...

FERN. He de estar.
TEODORO. Sin que te arredre el estado?...
FERN. Casado.
Como por mí ya ha pasado,
aunque encierre amor tu pecho,
harás lo mismo que he hecho,
al año de estar casado.
(Se dirigen hácia la puerta del foro. El telon desciende.)

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en autorizar su representacion.
Madrid 23 de Enero de 1864.

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

OBRAS DEL MISMO AUTOR,

REPRESENTADAS EN MADRID.

GENARO EL GONDOLERO...	Zarzuela en tres actos y en verso
ESTAFETA DE AMOR......	Zarzuela en un acto y en prosa.
ARMAS IGUALES........	Zarzuela en un acto y en verso.
UNA MADRE...........	Drama en cinco actos y en verso.
AL AÑO DE ESTAR CASADO.	Comedia en un acto y en verso.